

MEGAN MAXWELL



**FUE UN
BESO TONTO**



Fue un beso tonto

Megan Maxwell

Esencia/Planeta

© Megan Maxwell, 2010
© Editorial Planeta, S. A., 2016
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Dean Drobot - Sutterstock y Diter - Fotolia
© Fotografía de la autora: Nines Mínguez

Primera edición: noviembre de 2016
ISBN: 978-84-08-16273-5
Depósito legal: B 20.331-2016
Composición: Víctor Igual, S. L.
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo 1

15 de junio de 2008

—¡Buenas noches, IBIZAAAAAAAAAAAAAAA!

El gentío enloquecido de la discoteca Pacha gritó:

—¡Ehh!

—¡Queremos pasarlo bien! —aulló uno de los tres DJ por el micrófono.

—¡Sí! —chillaron cientos de personas con ganas de pasarlo bien.

El DJ vestido de blanco levantó la mano, subió el control de la música y todo el mundo comenzó a bailar. La noche ibicenca era divertida e idónea para conocer gente.

Entre aquella multitud que bailaba, reía y bebía, estaban Olga y Clara, dos amigas que, sin ataduras de ningún tipo, pensaban disfrutar aquella noche a tope porque sus vacaciones se acababan.

—Bueno... bueno... bueno... —exclamó Clara, la más alta de las dos, riendo—. Creo que ha sido una excelente idea veranear de nuevo aquí.

—Te lo dije —Olga sonrió—. Ibiza tiene algo especial. Me encanta esta isla y algún día espero poder tomar la decisión de vivir aquí.

—¿Y qué harás?, ¿vender collares o pareos por la playa? —se mofó Clara.

Olga la miró y volvió a sonreír. No sabía qué haría en el futuro,

pero tampoco le importaba mucho. Lo único que tenía claro era que quería ser feliz y libre.

—Quizá monte mi propia tienda de pendientes y abalorios. Ya sabes que a mí el rollito hippy me mola cantidad.

—Sí, pero no un rollito como el de tu prima, que mira dónde está.

—No no, por supuesto —convino Olga carcajeándose—. Yo tengo claro que me encanta el solomillo y el jamón serrano, y no estoy dispuesta a hacerme vegetariana, ni por un tío ni por nadie.

—Y como es lógico, querrás vivir en una preciosa casa blanca, ¿verdad?

—Hombre... eso es lo que le gustaría a todo el mundo. Pero o me toca la lotería o la primicia... o también tengo claro que viviré en un pequeño apartamento. Eso sí, junto al mar y en un lugar tranquilo, donde pueda escuchar música y leer. Ahí vienen Fabricio y Piero. —Olga señaló a dos típicos italianos, altos, morenos y bien vestidos, con ese algo que, para las españolas, desprenden los nacidos allí.

—Ainssss, qué pena —suspiró Clara al verlos acercarse—. Se acaban las vacaciones. Se acaban Fabricio Martotelli y Piero Sifredo.

Al saberse observados por ellas y por otras féminas, a los italianos, como buenos latinos de sangre caliente, se les elevó el ego machito, y como dos pavos reales, caminaron hacia las chicas con ese aire chulesco e italiano que a la mayoría de las mujeres les gustaba pero no reconocían.

—Míralo. ¡Qué bueno está el *jodío!* —susurró Clara al verlo con un conjunto blanco de lino abierto hasta el ombligo—. Tiene la tocha un poco grande, pero me gusta su rollito Battiato.

Los habían conocido el primer día de su estancia en la isla, y desde el primer segundo su compañía había sido divertida y alo-

cada, algo que iba con ellas. Todos eran adultos y tenían claro que estaban de vacaciones, no necesitaban dar explicaciones. No habría preguntas ni reproches. Sólo unas buenas y divertidas vacaciones. Nada más.

—Sí... sí que está bueno —asintió Olga, aunque sólo tenía ojos para Piero que, a diferencia de su amigo, iba vestido con un conjunto de lino azulón—. Pero no olvides, Doña Ronquidos, que esto es Ibiza. Estamos de vacaciones y ellos son los típicos italianos y...

—Y mañana regresamos a nuestra vida real.

—¡Exacto! —asintió Olga.

—Yo creo que para aprovechar la última noche directamente voy a arrastrarlo al apartamento. ¿Qué te parece?

Olga soltó una carcajada. Ellos llegaron hasta donde estaban ellas, las besaron y se emparejaron como cada noche. Poco después reían y bailaban como el resto de la gente del local. Sobre las tres de la madrugada se dirigieron al apartamento de ellas. Había que despedirse, y bien.

Cerca de la una del mediodía del día siguiente, con las maletas llenas de ropa sucia y recuerdos, Olga, Clara y los italianos llegaron al aeropuerto de Ibiza. Allí, tras varios besos largos y dulzones, y el intercambio de teléfonos a los que nunca llamarían, se despidieron.

Poco antes de embarcar, las muchachas estaban hablando, y una gitana muy morena y racial se acercó a ellas.

—*Ojú... la caló* que hace hoy. —Y tendiéndoles una ramita dijo—: Anda, luceros, compradme hierbabuena para la buena suerte.

Las muchachas se miraron y sacaron un euro cada una. Sin perder tiempo, la gitana los cogió y se los guardó.

—Tomad, luceros —dijo clavándoles en el pelo dos ramitas—.

Esto os dará buena suerte. ¿Me dejáis mirar la palma de vuestras manos?

—¡Mi madre!... me encantan estas cosas —comentó Olga con una sonrisa mientras extendía la mano.

La gitana les cogió las manos, y en menos de dos segundos las miró y dijo:

—*Ojú...* qué suerte la de ustedes...

—¿Nos va a tocar la primitiva? —se cachondeó Clara.

—Mejor aún —asintió la gitana—. El amor está a punto de llegar para las dos... y no serán españoles... serán extranjeros.

Ellas se miraron con complicidad. Seguro que aquella picarona las había visto con los italianos; pero la dejaron continuar.

—Con ellos vuestra vida será cómoda y placentera, y...

—¿Se ve cuántos churumbeles tendremos? —se mofó Olga.

La gitana volvió a fijar la vista en sus manos.

—Luceros, eso no lo veo. Pero lo que sí os puedo asegurar es que éstas serán vuestras últimas Navidades solteras y sin hijos.

Al oírla, las dos soltaron una risotada. Lo último que entraba en sus planes era una boda, y menos aún niños. Por lo que tras despedirse de la gitana, que continuó su particular venta de ramitas por el aeropuerto, embarcaron en su avión.

—Tengo el corazón *partío* —se burló Clara mientras se abrochaba el cinturón de seguridad.

—Pues ya lo puedes ir pegando con celofán —respondió su amiga.

—¡Joder, Olga! —Clara rio—. ¿No te da pena no volver a saber nada de ese pedazo de machote italiano, posible marido y padre de tus churumbeles?

Olga la miró, se quitó la ramita del pelo y sonrió. La gitana y sus brujerías...

—Pues, chica... no te voy a mentir. Piero ha sido un estupendo

ligue de verano, y con eso me doy por satisfecha. Además, ya sabes que yo paso de maridos, churumbeles y toda esa complicación. Y ahora, cierra el pico, relájate y ¡por Dios!... no ronques.

—¡Bruja! —exclamó Clara sonriendo, consciente de que roncaba.

Su amiga volvió a mirarla, bajó la gorra hasta que le tapó los ojos y los cerró; de inmediato se quedó dormida hasta llegar a Madrid.

Madrid, 18 de septiembre de 2008

Enfundada en un precioso vestido de noche de Dolce & Gabbana, la inspectora de policía Olga Ramos, acompañada por varios de sus compañeros, cubría un operativo policial en la sala Joy Eslava de Madrid.

Se celebraba el 50 aniversario del exclusivo y elitista hospital O'Connors, y un chivatazo les había alertado de la posibilidad de que intentaran atentar contra Walter O'Connors, dueño y fundador del hospital.

Apoyada en la barra del bar y con una copa de cava en la mano, Olga hablaba con sus compañeros mientras vigilaba con disimulo a su alrededor. No le gustaba nada aquel tipo de operativo. Demasiada gente desconocida en una sala con varias plantas. Pero allí estaba ella. Con un vestido de seda de color champán, su castaño pelo recogido en un moño alto y unos taconazos que la estaban matando.

—Ese vestido te sienta de maravilla. Estás fantástica con él; es más, creo que a quien vigila Márquez hoy es a ti —afirmó Clara, más conocida como la inspectora Viñuelas.

Luis sonrió ante el comentario. Olga suspiró. De todos era co-

nocida la relación que había tenido con Márquez en el pasado. Algo que ella no estaba dispuesta a retomar.

—Uf... —suspiró Olga al comprobar por enésima vez que Márquez la miraba—. Paso de él y de sus miraditas.

—Sí... sí. —Clara sonrió con disimulo—. Lo malo es que él aún no pasa de ti.

Olga volvió a sonreír. Si algo le gustaba de su amiga era su forma de decir las cosas. Clara y Olga eran mujeres altas y con cuerpos normales, aunque Clara era rubia con ojos azules y Olga, castaña de ojos marrones.

—Hoy me considero un tío con suerte —dijo Luis, el compañero subinspector, con una sonrisa—. ¿Quién me iba a decir que iba a estar acompañado por semejantes bellezotas?

—No te emociones —aclaró Olga con el gesto torcido—, es trabajo.

La inspectora Olga Ramos tenía claro que no soportaba la chulería de Luis, el subinspector y ligón oficial de la comisaría de Chamberí. Un tipo moreno y con sonrisa de canalla que había partido a más de una el corazón.

—Mmm... ¡qué rico! —susurró Clara mientras cogía otro canapé de la bandeja que el guapo camarero ofrecía.

—¿A qué te refieres? —preguntó su amiga sonriendo con disimulo—, ¿al canapé o al camarero?

Eso las hizo reír.

Se habían conocido en la Academia de Policía años atrás. Primero estuvieron destinadas a Bilbao, y con el tiempo las dos regresaron a Madrid, donde ejercían como inspectoras en la comisaría de Chamberí.

Sus caracteres eran parecidos, aunque con ciertas diferencias. Clara, aunque sus relaciones eran tormentosas, creía en el amor, y Olga, gracias a Márquez, su ex, no.

—Os emocionáis con poca cosa —dijo Luis mirándolas.

—¿A ése lo llamas tú poca cosa? —Olga señaló con asombro al impresionante camarero de ojos almendrados y cuerpo atlético que servía los canapés.

—No le hagas caso —se mofó Clara haciéndola reír—, la envidia le corroe.

—Pero si ese bomboncito pierde más aceite que la moto de mi hermano —contestó Luis, quien guiñó un ojo a una rubia muy escotada que pasaba por delante de ellos.

La rubia, embutida como un chorizo de Pamplona en un minivestido rojo, lo miró, le sonrió con coquetería y siguió hasta detenerse junto a un grupo que había cerca de ellos.

—Ese tipo sí que tiene suerte —señaló Luis al ver cómo la rubia se recostaba sobre aquél.

Con disimulo, Clara y Olga miraron al tipo que Luis les indicaba. Estaba de espaldas, pero era un hombre alto, de anchos hombros, moreno y con buen porte, al cual el esmoquin le quedaba perfecto.

—Mmmmmm... ¡Qué pichón más sexy! —asintió Clara mientras Olga continuaba escaneándolo con la mirada—. ¿Verdad, Olga?

—Tiene buen culo y un estupendo revolcón —respondió ésta carcajeándose mientras observaba cómo la rubia siliconada del minivestido rojo se acercaba a él y, con gesto serio, él se alejaba.

—¿Buen culo? —Luis rio al oírlas—. ¿Cómo podéis decir eso?

—¿Qué pasa? —se cachondeó Clara—. ¿Está prohibido ponerles nota a vuestros traseros?

—Deberíais tener cuidado con ese tipo de observación —replicó Luis—. Quien os oiga creerá que estáis desesperadas por pillar un buen... macho.

Aquello exasperó a Olga. No soportaba los comentarios ma-

chistas y, por su profesión, solía oírlos muchas más veces de las que desearía.

—Mira que me joden los machitos como tú. Pero ¡bueno! ¿Acaso los tíos no decís cosas tan vulgares como «Oh, Dios, qué tetas» o aún mejor, el típico «Qué polvazo tiene la rubia»?

—Déjalo, reina —suspiró Clara—, son todos iguales. Anda, toma otro canapé, que están riquísimos y lo vas a disfrutar más que hablando con este cenutrio.

—¡Pues me la suda que todos sean iguales! —exclamó Olga levantando la voz. Pero al ver que las personas que estaban a su lado la miraban, para disimular añadió—: Oh... ¿Ella es de Sudán?... Qué maravilloso país.

—Precioso país... precioso... —asintió Clara metiéndole un canapé en la boca.

Sin dar crédito a aquel arranque de furia, Luis cerró el pico, mientras ellas dos continuaban una absurda conversación sobre el Sudán. No pretendía sacar de sus casillas a la inspectora Ramos. De todos era conocido su fuerte carácter y cómo se las gastaba.

Una hora y media después, tras muchos canapés y alguna copa de más...

—Caletín blanco, zapato oscuro, paleta seguro —se burló Clara.

—Sois crueles como vosotras solas —se cachondeó Luis.

—Disculpadme un segundo, necesito ir al baño —masculló Olga con malas pulgas.

Sin esperar respuesta, y con una mala leche descomunal, se encaminó hacia los aseos. Como siempre, había cola para entrar.

«Dios... cómo odio esto», pensó colocándose en la fila como una buena chica.

La paciencia no era lo suyo, y menos cuando el puñetero sujetador sin tirantes le cortaba la circulación, los tacones la mataban

y la jodida liga donde llevaba la pistola amenazaba con rodar a sus pies.

Agobiada porque la fila no avanzaba, miró a su alrededor para intentar olvidar su desesperación por vaciar la vejiga y se sorprendió al ver al Pichón a pocos metros de ella. Apoyado en la pared, su postura indicaba tranquilidad, algo que no parecía tener la rubia del minivestido rojo que movía los brazos frente a él.

Con disimulo se movió hacia su derecha. Eso le permitió oír la voz chillona de la señorita Glamur.

—Pero yo quería asistir a la fiesta —protestó la rubia—. De no ser por Ariadna y su acompañante, no me hubieran dejado entrar. Eso no me ha gustado nada.

—Te dije que yo no pasaría a buscarte, Tina. Siempre he sido claro contigo —respondió él sin alterarse, pero cansado del acoso de aquella chica—. Las cosas entre tú y yo acabaron antes de comenzar; por lo tanto, ni yo tengo nada que ver contigo, ni tú conmigo.

—Pero, pichoncito...

Sin poder evitarlo, a Olga se le escapó una carcajada al oírla, y aunque rápidamente disimuló, ya era tarde. Aquella risotada había atraído la mirada de él, que ahora la observaba con curiosidad mientras la otra proseguía con sus protestas.

Cinco minutos después, y tras varios intentos de la rubia por besar y abrazar al Pichón, él empezó a echar humo. Se estaba poniendo muy pesada aquella tonta que conocía de dos noches locas.

«Madre mía, qué tía más cansina», pensó Olga, a quien sólo le quedaban tres mujeres por delante para pasar al baño. Comenzaba a compadecer al Pichón.

—Tina, por favor. ¡Basta ya! —gruñó molesto—. Tú y yo salimos un par de veces, lo pasamos bien juntos y punto, ¿de acuerdo?

Pero la rubia era cabezota como ella sola y volvió al ataque

justo en el momento en que sonaron los primeros acordes de la canción *Something Stupid*.¹

—Pues no entiendo por qué no quieres estar conmigo...

Olga no pudo más. Aquella petarda era insufrible, y el tipo le daba pena. Así que le pidió a la chica de la fila que le guardara un segundo el lugar, se acercó hasta ellos y, ante la mirada incrédula de él, Olga gritó bien alto para ser oída:

—¡Cariñito, suena nuestra canción... llevo buscándote un buen rato!...

Y antes de que la rubia se moviera, Olga se acercó a él con descaro y le plantó un rápido beso en los labios. Aunque él la miró sorprendido, al verla gesticular, sonrió y, sin perder un segundo, la agarró por la cintura y la apretó contra él.

—Es cierto, cariño, nuestra canción —respondió él tan cerca que Olga apenas podía apartar su boca de la de él—. ¿Por qué has tardado tanto?

Miss Silicona, con su minivestido rojo, se quedó petrificada ante el descaro de aquellos dos. Quiso decir algo, pero al ver cómo él bajaba las manos posesivamente hacia el trasero de aquélla, sin pronunciar ni una sola palabra, levantó la barbilla y se marchó.

Con el rabillo del ojo, y mientras él continuaba besándola, Olga vio que la otra se alejaba con su bamboleante movimiento de caderas. Se apartó unos milímetros de aquel que tan fascinado parecía y le indicó:

—Ya puedes soltarme, amigo. La pesada se ha pirado y yo tengo la vejiga a punto de reventar.

Él la oyó, pero se negaba a soltarla. ¿De dónde había salido aquella preciosa mujer? La observó extrañado mientras la música

1. *Something Stupid*, Msi Music/Super D, interpretada por Frank Sinatra. (N. de la E.)

continuaba. Era castaña, alta, aunque no tanto como él, y con unos preciosos ojos marrones. Vestía un ajustado vestido que dejaba entrever un cuerpo fuerte y redondeado, y eso le gustó. Aunque no tanto como su desparpajo y su manera de hablar.

—Eh... ¡Tú! —dijo Olga para espabilarlo—. O apartas tus manazas de mi culo en este instante o te juro que lo vas a lamentar.

Al oír aquello, el Pichón soltó una carcajada y la liberó. A sus casi cuarenta años, y acostumbrado a ser él quien se quitara las mujeres de encima, se sorprendió de que una le hablara así.

—Bonita canción de Sinatra, ¿no crees? —dijo él divertido.

—No está mal. Pero yo soy más actual y prefiero la versión de Robbie Williams y Nicole Kidman.

En ese momento, Olga miró hacia el baño. Era la siguiente para entrar y no estaba dispuesta a perder su turno. Se volvió hacia él, que aún la contemplaba con gesto extraño, y mientras se alejaba le dijo:

—Me debes una, Casanova, y ten más cuidado con quién te lías. El mercado está lleno de petardas y yo no andaré cerca para quitártelas de encima otra vez.

La puerta del baño de señoras se abrió y Olga, deseosa de vaciar su vejiga, entró, dejándolo confundido y con la boca abierta.